

Los estancieros contra el Estado. La Liga Agraria y la formación del ruralismo político en la Argentina Roy Hora

Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2009, 216 páginas,
ISBN 978-987-629-068-5

RESEÑA

Claudio Robles Ortiz

Universidad Austral
de Chile, Instituto de
Ciencias Sociales,
Valdivia, Chile

[claudio.robles@
docentes.uach.cl](mailto:claudio.robles@docentes.uach.cl)

DOI

**10.3232/RHI.2010.
V3.N1.09**

Por medio de un estudio de historia institucional, el autor examina la formación, el programa “ruralista” y la participación política de la Liga Agraria (fundada en 1892), con el propósito de explicar “los principales núcleos de sentido” desde los cuales los grandes estancieros de la pampa “pensaron la Argentina durante el período en el que su poder e influencia se encontraban en su punto más alto” (pp. 15-16). Desde esa perspectiva, el trabajo de Roy Hora pretende abordar en forma sistemática el análisis de una dimensión relevante de la expansión agroexportadora que tuvo lugar entre las presidencias de Roca e Yrigoyen, como es la relación entre el “ruralismo político” y los “dos grandes procesos políticos” verificados en ese período, es decir, “la constitución del estado central y de una clase política profesional y, más tarde, la incorporación de las mayorías a la vida pública” (p. 16).

Asumiendo una postura revisionista en el debate historiográfico, Roy Hora plantea que su libro cuestiona la premisa de “muchos autores” para quienes las ideas y, en particular, las representaciones políticas de los “sectores económicamente preponderantes en nuestro país” no son más que un reflejo de sus intereses materiales (p. 17). Al mismo tiempo, el autor considera que su trabajo contribuye a salvar una importante omisión historiográfica, pues, afirma, aunque la Liga Agraria representa “un capítulo decisivo” en la historia de los grandes estancieros pampeanos, “resulta curioso” que esa organización no haya sido objeto de un estudio detallado, en lugar del cual la bibliografía especializada sólo ofrece “menciones puntuales” que “no permiten forjarse una idea precisa de las especificidad de esa institución y del proyecto la animaba” (p. 18).

En tanto respuesta a esa omisión, el libro de Roy Hora proporciona un tratamiento a la vez estimulante y problemático de la política rural representada por la Liga Agraria porque, por una parte, aborda problemas relevantes y complejos, pero, por otra, algunos de sus argumentos centrales requieren de mayor sustentación. Tras resumir el desarrollo del “asocianismo terrateniente” en la segunda mitad del siglo XIX, a partir del establecimiento de la poderosa

Sociedad Rural Argentina en 1866, Hora argumenta que la fundación de la Liga Agraria fue una respuesta de los grandes estancieros a la crisis política y económica de 1890. Mientras que la Sociedad Rural Argentina se abstenía de ingresar a la política, los impulsores de la Liga Agraria pretendían “establecer un nuevo tipo de lazo entre estado y clase terrateniente” (p. 38). Así, de acuerdo al autor, los liguistas denunciaron que el triunfo de Roca y del Partido Autonomista Nacional (PAN) había instalado en el poder a una nueva “clase política”, a la que consideraban compuesta por “parásitos y arribistas que vivían a costa del esfuerzo de los productores rurales” (p. 56).

No obstante, el examen de esta “denuncia de la clase política oligárquica” (p. 55) se limita a la cuestión de las dietas parlamentarias, al tiempo que el autor afirma sin mayor evidencia que la Liga Agraria “percibía a los grupos subalternos como observadores pasivos” del conflicto entre “las clases propietarias” y los “grupos gobernantes y sus clientelas electorales” (p. 59). Ese conflicto, según el autor, tuvo como motivos centrales las finanzas públicas, la política proteccionista y los impuestos, pero su tratamiento de esos tópicos no alcanza mayor profundidad y descansa en evidencia más bien escasa y que no procede del *Boletín de la Liga Agraria*, el órgano de difusión de aquella institución. También resultan cuestionables otros argumentos. La noción de que la Liga Agraria “y más en general la elite terrateniente pampeana” no pueden “describirse sólo como una fuerza hostil al desarrollo de la participación popular en la vida pública” (p. 73), es enunciada sin mayor fundamentación; mientras que, por otra parte, la idea de que los liguistas “se adelantaron por más de una década a las iniciativas de reforma electoral” (p. 74), se sustenta en dos referencias a artículos publicados en la *Revista de la Liga Agraria*, de 1899 y 1909, respectivamente.

En contraste, el análisis de la participación política de la Liga Agraria en el complicado y frecuentemente violento escenario político-electoral de la Argentina de comienzos del siglo XX constituye una de las contribuciones más significativas de este libro. Esa participación tuvo como resultado el fracaso. El autor argumenta que los estancieros que conformaron la Liga Agraria carecían de capital político, como el apoyo de maquinarias políticas que dominaban en la ciudad de Buenos Aires, por lo que debieron recurrir a intermediarios que, sin embargo, terminaron desplazándolos, como fue el caso de la fallida incursión del Partido Demócrata que los liguistas habían fundado para competir en la elección de 1902. De manera similar, los estancieros de la Liga Agraria enfrentaron fuertes conflictos con el Partido Conservador y la administración conservadora, por ejemplo, a raíz del reavalúo de la propiedad inmueble y el aumento del impuesto territorial. Nuevamente, el autor argumenta, la Defensa Rural, organización creada por dirigentes de la Liga Agraria y de la Sociedad Rural Argentina para defender sus intereses, sufrió una aplastante derrota en las elecciones federales de 1912, lo que “confirmó que las clases propietarias rurales carecían de los recursos políticos necesarios para desafiar al *juggernaut* conservador” (p. 129). Finalmente, el apoyo a la reforma electoral materializada en la Ley Sáenz Peña y la adhesión al radicalismo liderado por Yrigoyen en las elecciones nacionales de 1916, al que los liguistas percibían como “una suerte de partido de las clases propietarias” (p. 151), también terminó hacerlos transitar “de la esperanza al desencanto” (p. 158). Esto, por cuanto la política de masas y el movimiento obrero activaron el conflicto de clases al campo y ante “las disputas entre chacareros arrendatarios y dueños del suelo, los gobiernos radicales “hicieron

un uso más cuidadoso de su poder de policía y arbitraje” (p. 172), mientras que “la sociedad argentina se tornaba más hostil hacia los grandes estancieros y la gran propiedad” (p. 177).

No obstante la coherencia de esta propuesta, es posible advertir algunos problemas conceptuales y metodológicos en su construcción. Al prestar poca atención a la caracterización social de quienes la constituyeron y, sobre todo, quienes la apoyaron, en el planteamiento del autor la Liga Agraria pareciera representar los intereses de una clase de estancieros pampeanos más bien homogénea y sin grandes conflictos o diferencias internas. Por lo mismo, al igual que en el caso de otros trabajos sobre “agricultores progresistas” en otros países de América Latina, en el estudio de Roy Hora persiste la cuestión acerca de la real profundidad social que pudo alcanzar el ruralismo político de los liguistas, más allá de un núcleo dirigente de terratenientes modernizadores interesados en ocupar un espacio en la esfera pública. En términos metodológicos, en tanto, el autor parece más inclinado a reproducir, elaborar y contextualizar las ideas y visiones producidas por los terratenientes y sus voceros, que a someterlas a un análisis crítico y contrastarlas con los argumentos de los otros actores que competían en la esfera pública oligárquica en defensa de sus agendas e intereses.

A pesar de esas tensiones, el trabajo de Roy Hora proporciona no sólo un panorama de la trayectoria de la Liga Agraria, sino también una aproximación a la historia política argentina desde la perspectiva de los intereses agrarios. Al concentrarse en coyunturas políticas claves, como las elecciones y examinar también el impacto de asuntos específicos emergentes, por ejemplo, la Ley de Arrendamientos de 1921, sugiere un enfoque que puede ser útil para profundizar en un análisis de la política nacional en torno de los conflictos entre los distintos sectores de la sociedad rural y no sólo entre los estancieros y el Estado. Al mismo tiempo, su tratamiento contextualiza esos conflictos en el escenario nacional, construyendo así una narrativa que va más allá de las ideas de los estancieros de la pampa. De esta forma, el libro ofrece la posibilidad de un diálogo con las interpretaciones formuladas desde la historia política centrada en los partidos y las elecciones, así como con la historia social y económica de la sociedad rural.

Finalmente, parece pertinente indicar que algunas de las digresiones que el autor incorpora para poner en perspectiva los problemas que trata son en algunas ocasiones demasiado extensas y en otras de una pertinencia que no es evidente, lo cual afecta la claridad de la exposición. De la misma manera, un estilo conciso habría ayudado a presentar los argumentos de manera más directa, evitando ciertas reiteraciones y algunas aparentes contradicciones. Con todo, es evidente que, como en sus trabajos anteriores más extensos, Roy Hora ha tratado de incluir en este breve libro un gran caudal de conocimientos sobre la sociedad rural argentina.